



HISTORIAS DE LA MAR

BICENTENARIO DE LA PAZ DE AMIENS

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
del Círculo Naval Español



ACE ahora doscientos años que las potencias enfrentadas en larga guerra, y entre ellas señaladamente Gran Bretaña y las aliadas Francia y España, firmaban un tratado de paz en dicha ciudad francesa, el 27 de marzo de 1802. Poco interés tendrá a primera vista un tratado más en las casi continuas guerras del siglo XVIII entre ingleses y los aliados hispano-franceses, pero este tiene un valor especial para nosotros, pues supuso la recuperación de la

única parte del actual territorio nacional (con la excepción de Gibraltar) que ha estado largo tiempo en posesión de otro estado: la isla de Menorca.

Poco después de los días del tratado, pero todavía en plazo de celebrar dicho centenario, contando con que la evacuación inglesa y entrega efectiva debió retrasarse todavía algún tiempo desde la firma del acuerdo, el buque escuela de la Armada *Juan Sebastián de Elcano* ha visitado Mahón, dando así ocasión especial para recordar aquellas fechas.

Por nuestra parte y en las líneas siguientes, vamos a recordar brevemente los hechos que dieron lugar a aquella pérdida y a la recuperación.

La conquista de Menorca en 1708

Programa de actos

CONMEMORACIÓN

PAZ DE AMIENS



Los actos conmemorativos se realizarán a lo largo del año 2002, y han sido promovidos por el Consorcio del Museo Militar de Menorca.

esperaba, pues Dávila fue detenido y sumariado por su conducta, suicidándose durante su encierro.

De nuevo el gobierno inglés quedó encantado con la posesión de la estratégica isla y de su magnífico puerto de Mahón, que dominaba las aguas del Mediterráneo occidental, y por el más conocido Tratado de Utrech la isla quedó en manos de la corona británica.

Pero aquella dominación iba a tener un serio sobresalto casi 50 años después: el 10 de abril de 1756 una expedición francesa, al mando del mariscal duque de Richelieu, con 15.000 hombres de desembarco en 150 transportes y escoltada por una escuadra de 12 navíos y cinco fragatas del almirante conde de La Galissonniere, zarpaba de Tolón rumbo a Menorca. El gobierno británico, aunque preocupado por la maniobra de diversión del resto de la Marina francesa que amagaba una invasión de Inglaterra, envió a la isla en socorro al almirante Byng, al mando de otra escuadra de 13 navíos y cinco fragatas y buques ligeros, conduciendo un refuerzo de 4.000 hombres para la asediada guarnición.

Ardía por entonces en España y en Europa la guerra de sucesión que enfrentaba a los dos candidatos al trono español: Felipe V de Borbón y el archiduque Carlos de Austria, ambos apoyados en España, donde la contienda tuvo también carácter de guerra civil por los territorios de las coronas de Castilla y de Aragón.

No fue pues una gran hazaña militar el que una escuadra anglo-holandesa, al mando del almirante Sir John Leake, tomara posesión de la isla, pues la población era mayoritariamente partidaria de Carlos de Austria. El gobernador de Menorca, Diego Dávila, no pudo sino encerrarse en la fortaleza de San Felipe en Mahón con su pequeña fuerza de 500 soldados franceses y 200 españoles, para tras sufrir un breve asedio, capitular el 19 de noviembre de 1708. Pese a lo limitado de sus medios, la defensa no debió ser todo lo enérgica que se

Las dos escuadras chocaron el 20 de mayo de 1756, y Byng atacó desde barlovento la línea francesa de forma tan desmañada que muchos de sus buques apenas entraron en fuego, mientras que la vanguardia era rechazada sin dificultad por los franceses, debiendo emprender la retirada. No fue un gran combate, pues no se perdió buque alguno, los franceses tuvieron sólo 150 bajas y probablemente más del doble los británicos.



Ilustración del programa de actos.

Sin embargo, sus consecuencias fueron muy serias: la retirada de Byng selló la suerte de Menorca, que ya no pudo resistir el ataque de la expedición francesa, rindiéndose Mahón el 28 de mayo. Y como es proverbialmente sabido, la derrota le costó al almirante inglés el ser sometido a consejo de guerra y fusilado casi exactamente un año después.

Entonces no estaba España en guerra con Inglaterra, pero Francia supo conseguir su apoyo poco después, con la promesa, entre otras, de devolver Menorca, firmándose así el llamado «Tercer Pacto de Familia» entre los Borbones de uno y otro lado de los Pirineos. Pero los cálculos no pudieron salir peor para los aliados, pues los ingleses tomaron La Habana y Manila y arrebataron a los franceses Canadá y la mayor parte de sus posesiones en la India, entre otras, por lo que en el tratado de paz subsiguiente Menorca volvió a manos inglesas tras haber pertenecido unos años a la corona francesa.

La reconquista de 1782

La oportunidad para la revancha de los frustrados aliados no tardó mucho en presentarse con la insurrección de las colonias inglesas en América, que daría lugar al nacimiento de los Estados Unidos.

Con todo secreto se procedió a preparar la expedición en Cádiz, no informando siquiera a los aliados franceses, por más que al mando de ella y de los casi 8.000 hombres del cuerpo de desembarco estuviera un francés al servicio de España, el duque de Crillon. La fuerza de desembarco iba en 73 transportes, escoltada por una escuadra al mando del brigadier Buenaventura Moreno, con dos navíos, dos fragatas, cuatro jabeques y dos más corsarios, dos bombardas, tres balandras y dos brulotes o buques incendiarios.

Mejor aún, para escoltar el convoy y crear una diversión eficaz se unieron a la española de Luis de Córdova, en Cádiz, las escuadras francesas del conde de Guichen y de la Motte-Picquet, con 22 navíos en total, reuniéndose así más de 50 navíos, que se dirigieron a las costas inglesas, amagándolas durante el



Ilustración del programa de actos.

mes de agosto y apresando de paso un convoy de 24 mercantes en las islas Sorlingas.

Eficazmente cubierta de esta manera, la expedición llegó por sorpresa a Menorca, ocupando rápidamente toda la isla, mientras la guarnición, unos 2.600 hombres, al mando de Sir James Murray, se replegaba a toda prisa sobre San Felipe, haciéndose fuerte allí. Pero en los puertos y calas de la isla habían sido apresados nada menos que tres fragatas de guerra, seis buques menores, 14 corsarios y 100 mercantes, así como pertrechos, municiones, más de 160 cañones y unos 200 prisioneros.

Sin embargo, la fortaleza de San Felipe resistía el asedio, por lo que llegaron 4.000 soldados franceses en octubre al mando del barón de Falkenhain. Tras duros combates, que costaron a los sitiadores 184 muertos y 280 heridos y a los sitiados no menos de 1.000 muertos, pues a la lucha se unieron los efectos del hambre y de las enfermedades, por fin capituló Murray el 4 de febrero de 1782, embarcándose seguidamente para Inglaterra no menos de 3.000 personas, entre militares y civiles, entre ellos más de 300 mujeres y niños.

En el tratado de paz, firmado el 3 de septiembre del año siguiente, quedó Menorca en manos españolas como recompensa más preciada de una guerra que fue, salvo por lo que respecta a Gibraltar, netamente favorable.

Tras la paz con Inglaterra, a la que no tardó en seguir una guerra con Argel cuyos corsarios tanto dañaban el comercio y la pesca de todo el Levante español y muy especialmente de Baleares, no tardó en ponerse en marcha el arsenal de Mahón, que en pocos años construyó media docena de hermosas fragatas, jabeques, bergantines y hasta dos de las últimas galeras de la Armada. Y tras los bombardeos de Argel por la escuadra de Barceló en 1783

y 1784, se llegó a una paz ventajosa y al fin de la pesadilla más que secular del corso berberisco, lo que posibilitó el despegue económico de nuestro Levante y Baleares.

Nueva pérdida y nueva recuperación

Las dos sucesivas victorias habían sido costosas en el terreno económico, por lo que se imponía un periodo de paz y recuperación, pero la Monarquía española, apenas muerto el gran Carlos III y subido al trono su hijo Carlos IV, se vio arrastrada a un nuevo ciclo bélico que supuso una de las más graves crisis por las que ha pasado la nación española, debido fundamentalmente al estallido de la Revolución Francesa en 1789.

El destronamiento y ejecución de Luis XVI no pudo por menos que obligar a sus parientes españoles a declarar la guerra a la naciente República, guerra para la cual el país no estaba preparado ni militar ni financieramente. La lucha nos resultó además desfavorable por la falta de preparación de nuestro Ejército de Tierra, que no pudo hacer frente, como por entonces ninguno de los europeos, a las nuevas masas entusiastas de los ejércitos revolucionarios.

Llegó la paz, y con ella la terrible nueva situación en la cual Inglaterra seguía siendo nuestro enemigo en el mar y en ultramar, mientras que nuestro antiguo aliado, Francia, estaba gobernado ahora por hombres que veían con desprecio al régimen y a la sociedad española, tan análogos a los que acababan de derribar en su patria.

Entre aquellos dos males, y mientras la situación interna se deterioraba tanto en lo económico como en lo político, el ministro del rey, Godoy, no encontró mejor salida que firmar con los republicanos franceses un nuevo pacto de alianza, a semejanza de los de «Familia», que con el nombre de «San Ildefonso» tuvo lugar el 18 de agosto de 1796, lo que nos condujo de nuevo a la guerra con Gran Bretaña, ya en lucha con Francia desde el año anterior.

En el mal estado de preparación material y moral en que se hallaba España, en una guerra que le había sido impuesta y sin saber realmente a quién temer más, si a los competidores ingleses o los revolucionarios franceses que se comportaban con una prepotencia poco común entre aliados, hubiera sido sorprendente que la contienda nos fuera favorable.

Cabe imaginar la sensación en España en 1798 cuando las tropas francesas invadieron Nápoles, deponiendo al monarca, hermano de los españoles (no olvidemos que Carlos III había sido rey allá antes de serlo aquí, dejando la corona a su tercer hijo, Fernando) y proclamaron la llamada «República Partenopea», debiendo huir la familia real a la isla de Sicilia, ¡y en la escuadra de Lord Nelson! Y poco antes había pasado algo parecido con los Estados Pontificios, ahora flamante «República Romana».

Y en ese clima moral, que probablemente explique muchas cosas, en

noviembre del mismo año llegaba frente a Menorca y procedente de Gibraltar la escuadra del comodoro John Duckworth, con dos navíos, tres fragatas, varios menores y transportes con un cuerpo de desembarco, al mando de Charles Stuart. El mismo día 16, sin haber disparado más que algún tiro por salvar las apariencias, el gobernador rindió la plaza, pese a contar con sobrados recursos para haber extremado la resistencia y dar lugar a la llegada de refuerzos.

Afortunadamente, en el tratado que puso fin a la guerra, el de Amiens, como hemos dicho, las condiciones fueron mucho mejores de lo que cabía esperar, con devolución mutua de los territorios conquistados por unos y otros, con la sola pérdida de la isla de Trinidad en América para los españoles, pero con la restitución de Menorca.

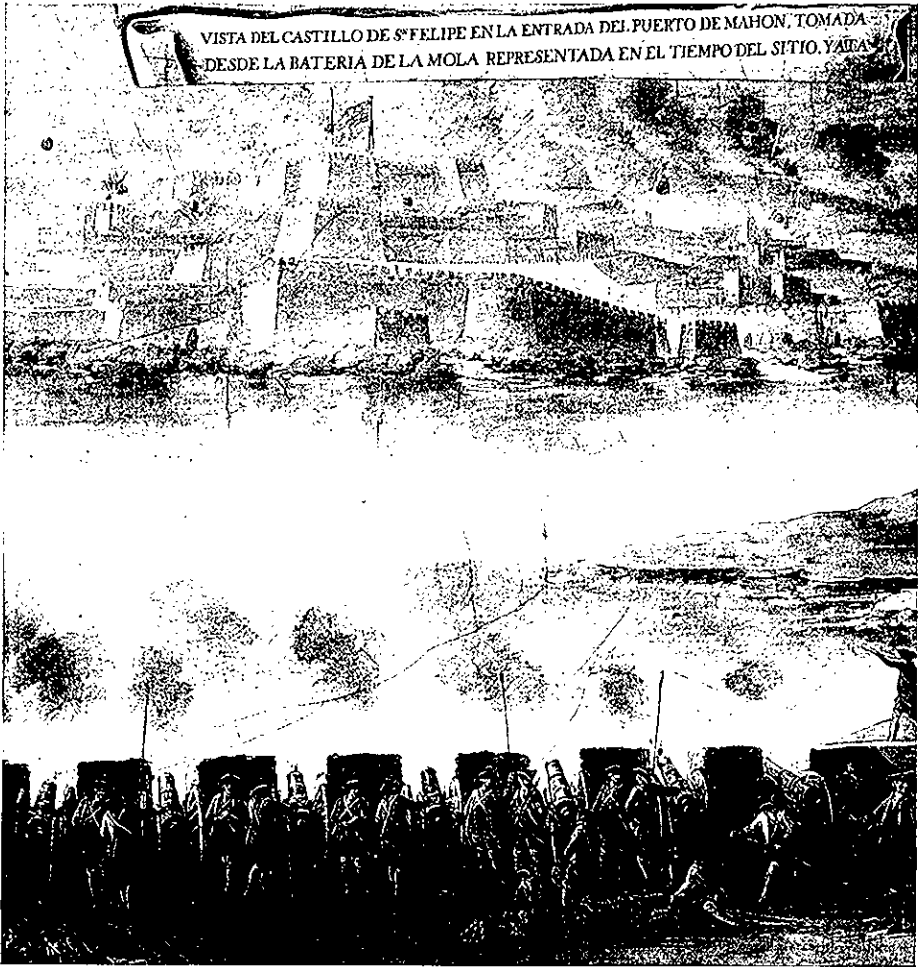
Y el resto de la historia ya lo sabemos: nueva guerra con Inglaterra en 1804 que conduce a Trafalgar, el estallido popular español ante las avasalladoras injerencias de Napoleón en 1808, la guerra de la Independencia y la emancipación de la América española, como inicio de nuestro convulso siglo XIX.

Nuevas amenazas

Menorca ha seguido desde entonces su trayectoria vital dentro de la de España y, por ello mismo, en varias de las crisis por las que pasó el país la tan codiciada como bella isla ha sufrido amenazas, que afortunadamente no han llegado a concretarse.

La primera, que sepamos, fue con motivo del enfrentamiento entre España y el imperio alemán por la posesión de las islas Carolinas en 1885. En aquellos tiempos, los informes de la inteligencia (diplomáticos y militares) dieron por probable que, en caso de guerra, la Marina del kaiser ocuparía Menorca, no tanto con la intención de convertirla en una colonia alemana como para utilizarla como «moneda de cambio» por otros territorios una vez llegada la paz. El peligro se estimó tan serio que la escuadra de instrucción, al mando del almirante Juan Bautista Antequera, se trasladó a Mahón, preparándose allí para lo peor, mientras que Antequera recibía «carta blanca» del presidente Cánovas para fortificar en lo posible la isla, mejorando sus baterías de costa y previendo el fondeo de minas submarinas. Como es bien sabido, y afortunadamente, la contienda no tuvo lugar, sometiéndose la disputa al papa, que falló un arbitraje favorable a España.

De nuevo en 1898 corrieron informaciones alarmantes sobre el destino de la isla. Buena parte de ellas procedían del «clima moral de reparto» que circuló en aquellos ominosos días por muchas cancillerías europeas, en que cada potencia se imaginaba ya dueña de territorios españoles en medio de una «rebatija» que llegó a incluir las Canarias, Ceuta y Melilla y otros muchos lugares. Tampoco se concretó la amenaza, aunque la actitud británica ante la



(Ilustración: colección C. M.-V.).

cuestión de las baterías españolas en el Campo de Gibraltar y su enfrentamiento de aquel mismo año con Francia por causa del Sudán (la famosa crisis de Fachoda) dieron lugar a planes concretos de ocupación de la isla.

Afortunadamente para la posición internacional de España, poco después, en 1904, Inglaterra y Francia llegaban a una entente que no tardó en extender su influencia sobre España, garantizando el *statu quo* en el Mediterráneo con los Acuerdos de Cartagena de 1907. Ese acercamiento supuso además la asistencia técnica necesaria para la reconstrucción de la escuadra, posibilitando la realización del programa naval de Maura y Ferrándiz.

Todo ello introdujo a España en la balanza de poder en el Mediterráneo, mar al que se asomaban el imperio de Austria y Hungría e Italia, ambos firmantes de la triple alianza rival de la entente anglo-franco-rusa, y se tradujo, en lo que a Baleares en general y a Menorca en particular se refiere, en una potenciación de su valor estratégico.

Pero la situación varió ostensiblemente poco después, con el acercamiento de Italia a la entente que la llevó a formar parte del bando aliado en la primera guerra mundial, contrapuesto al del imperio turco, a los «imperios centrales», lo que alejó la tensión del Mediterráneo occidental y la focalizó en el oriental y Adriático.

Ésta fue otra de las razones por las que España pudo permanecer neutral durante la «gran guerra». Pero en los años siguientes a la contienda, la política de los gobiernos de Alfonso XIII siguió haciendo hincapié en el valor estratégico de las Baleares y en el de la nueva escuadra en la larvada pugna por la hegemonía en ese área de Francia y de Italia. Así se explica, entre otras cosas, la potenciación de Mahón como base de submarinos, la de las baterías de costa y las constantes maniobras de la Armada en aquellas aguas con el tema invariable de ejercicios consistentes en una escuadra que intenta desembarcar en las islas y otra que debe de impedirse.

Con la II República la cuestión no varió en absoluto, aunque el cambio de régimen implicara también un cambio en el posible aliado, ahora Francia, y en el probable enemigo, la antes cercana Monarquía de los Saboya dirigida por Mussolini. Recordemos el proyectado Plan de defensa de las Baleares.

La guerra civil tuvo, como es sabido, un importante escenario balear, en el que las cuestiones internacionales estuvieron bien presentes. Conocidas eran las apetencias de Mussolini por conseguir aquellas bases que podían ser decisivas para su «regia Marina», y también los celos de los españoles de uno y otro bando de que quisiera cobrarse con ellas su apoyo a Franco. El temor fue tan extendido que ahora sabemos que la Marina francesa realizó planes para apoderarse de Menorca en cuanto el peligro de que cayera en manos italianas fuera manifiesto.

Afortunadamente, ninguna de esas amenazas llegó a producirse, aunque y durante la segunda guerra mundial, y tras el armisticio entre Italia y los aliados, efectivamente una agrupación naval italiana fondeara en Mahón, pero no se trataba ya de ningún intento de anexión, sino sólo de hallar un punto de acogida para unos más que probados hombres y barcos, celosos todavía de los aliados y temerosos de sus terribles amigos de poco antes.

Pero, y afortunadamente, y salvo por nuestra contienda fratricida, la isla de Menorca se ha visto fuera de cualquier conmoción bélica desde los ya lejanos tiempos de aquel tratado de paz firmado en la hermosa ciudad del norte de Francia.